EFEMÉRIDES

12 de marzo de 2022 Nº 17

12 DE MARZO DE 1622

HAN CANONIZADO A CUATRO ESPAÑOLES Y A UN SANTO

José María Sánchez Galera / *Escritor, asesor editorial, investigador en Universidad CEU San Pablo, profesor de Humanidades y autor de La edad de las nueces*

El 31 de marzo 1621 accedió al trono Felipe IV, a quien le faltaban ocho días para cumplir dieciséis años. El nuevo monarca fue motivo de esperanza y júbilo, sobre todo durante la primera etapa de su reinado. Al contrario que su retraído y abúlico padre —fallecido a los casi 43 años—, Felipe IV era de carácter sanguíneo y decidido, si bien imitó a su antecesor, pues optó por reinar nominalmente. Olivares fue quien de verdad gobernó el vastísimo Imperio heredado. En aquella época, en que aún se creía que la Tierra era el centro del universo —así pensaba, por ejemplo, Tycho Brahe (1546–1601)—, se denominó a esta Majestad Católica como «el Rey Planeta». Bajo su égida se contaban las tierras de América, incluido el actual Brasil, las Filipinas, enclaves comerciales a lo largo de las costas africanas, y del litoral pérsico o índico, así como un nutrido elenco de islas y archipiélagos en el Océano Pacífico. Desde Nápoles hasta Macao, Guam (Guaján), Bombay o Japón, la presencia del Imperio regido desde Madrid era, en mayor o menor grado, efectiva.

La época de Felipe III podría catalogarse como *Pax Hispanica* e inicio del periodo más característico del apogeo cultural, lingüístico, social y político de España. Las dos partes de *El Quijote* se editan en estos años, al mismo tiempo que Lope de Vega es un autor de enorme éxito teatral, y Góngora ve cómo Quevedo publica sus primeros libros. España interviene en la Guerra de los Treinta Años con victorias y demostrando que el mundo sigue siendo unipolar. La obra civilizadora y evangelizadora de los Austrias españoles supera al

Retrato de Santa Teresa de Ávila por Álvarez de Sotomayor

Vista del Alcázar de Madrid (detalle), Museo de Historia de Madrid.

modelo de los Ulpio–Elios hispanorromanos, es decir, aquel Imperio ecuménico y humanista de los Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio. Esa conciencia es evidente en el arte barroco, que, aparte de la hipérbole, asume que hay una nueva altura de los siglos. El moderno Tíber es el Manzanares o el Tajo. Por eso, Quevedo, en uno de sus poemas ditirámbicos sobre la Monarquía Española, canta a Felipe III:

Por ventura la Tierra de envidiosa
contra ti arma ejércitos triunfantes,
en sus monstruos soberbios poderosa;
que viendo armar de rayos fulminantes,
oh Júpiter, tu diestra valerosa,
pienso que han vuelto al mundo los Gigantes.

Para realzar la dignidad de Madrid, la capital, aparecen algunas obras cuya lectura hoy nos genera, cuando menos, una sonrisa. Escribe Gerónimo (sic) de Quintana en aquellos años: «La muy antigua villa de Madrid … Cabeça del más dilatado y poderoso Imperio que conoce el mundo, Madre y abrigo de todas las naciones, y últimamente yema y centro de toda España». A lo largo de los primeros capítulos, Quintana cita a Ptolomeo y Estrabón para ubicar Madrid ya en la antigua Carpetania. Este autor pretende demostrar que Madrid es más vetusta y noble que Roma, y que contó con presencia griega. E incluso aventura que Nabucodonosor anduvo en la primitiva Madrid, Mantua. Aún más: dedica varias páginas a la imagen de la Virgen de Atocha, que, según él, vino a España desde Antioquía —el nombre romance de Atocha procedería, pues, del latino Antiochia— en tiempos de la Iglesia primitiva, incluso estando la propia María en vida. Explica Quintana que unos discípulos de san Pedro trajeron la imagen a una ermita a las afueras de Madrid. Sin duda, un episodio que enfatiza otros más conocidos, como la tumba de Santiago en Galicia, o como el Arca de Oviedo, que se supone llegada a España en el siglo VII, y repleta de reliquias de Jesús de Nazareth y su madre María.

No obstante, uno de los aspectos resaltables del libro de Quintana es la mención a una lápida del Madrid visigótico que desapareció dos siglos más tarde y cuya existencia ningún especialista niega. Se trata de la lápida que señala el enterramiento de un clérigo al que se denomina Bokatus; parece fechada en el año 698 y referenciaría a los reyes Égica y Witiza. Se halló esta lápida precisamente a comienzos del siglo XVII —en concreto, en 1618 en la iglesia de Santa María—, de modo que el descubrimiento corroboraba las ansias de describir a la capital del Imperio como una antiquísima y venerable ciudad. Desde el siglo XVI, se habían ido encontrando en Madrid inscripciones de época inequívocamente romana, lo cual, unido a la lápida visigótica, dejaba claro que la villa desde donde se gobernaba el mundo no era una aldea fundada por sarracenos.

A pesar de la exageración en las loas a Madrid durante el siglo XVII, hemos de tener en consideración que la villa bañada por el Manzanares no era, como se ha dicho, «un poblachón manchego». En primer lugar, porque La Mancha era una región que abarcaba, sobre todo, la actual provincia de Albacete. Madrid disponía de Fuero desde muy comienzos del siglo XIII, y había ejercido como sede de Cortes en alguna que otra ocasión durante la Baja Edad Media. Por ejemplo, con motivo de la proclamación de la mayoría de edad de Juan II y la celebración de los correspondientes festejos, que incluyeron un torneo de justas en que casi pierde la vida Álvaro de Luna. Madrid era villa castellana con

derecho de participación en el supremo órgano político de las Cortes, y en 1530 su censo era similar al de otras localidades de peso medio en Castilla, como Zamora u Oviedo. Y a finales del siglo XVI era una de las ciudades más pobladas del Reino, sólo superada por Valladolid, Toledo y Sevilla. En todo caso, esta conciencia de un Madrid noble y augusto se verá refrendada cuando el papa canonice a su patrón, el medieval labriego Isidro.

Para completar este contexto, cabe recordar varias circunstancias más. Por un lado, la decisiva participación de clérigos y teólogos españoles en el Concilio de Trento (1545–1563), así como la relevante actividad de la Compañía de Jesús, fundada por un español once años antes, aunque aprobada canónicamente en 1540. El peso de España, en relación con la Iglesia y la defensa de la Cristiandad católica, es de sobra conocido: es la potencia que se enfrenta a los protestantes y a los turcos. Es la gran nación que lidera la batalla de Lepanto (1571), en aguas griegas, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», según Cervantes. En octubre de 1582, el mundo católico, empezando por España y sus dominios, aplicaba una modificación del calendario acordada por el papa Gregorio XIII; se trataba de una necesaria corrección que desde al menos un siglo atrás venía anhelándose y que fue posible, en gran medida, mediante la aportación de científicos españoles. Asimismo, entre 1609 y 1613 se decreta y lleva a cabo la expulsión, bajo la autoridad de Felipe III, de los moriscos.

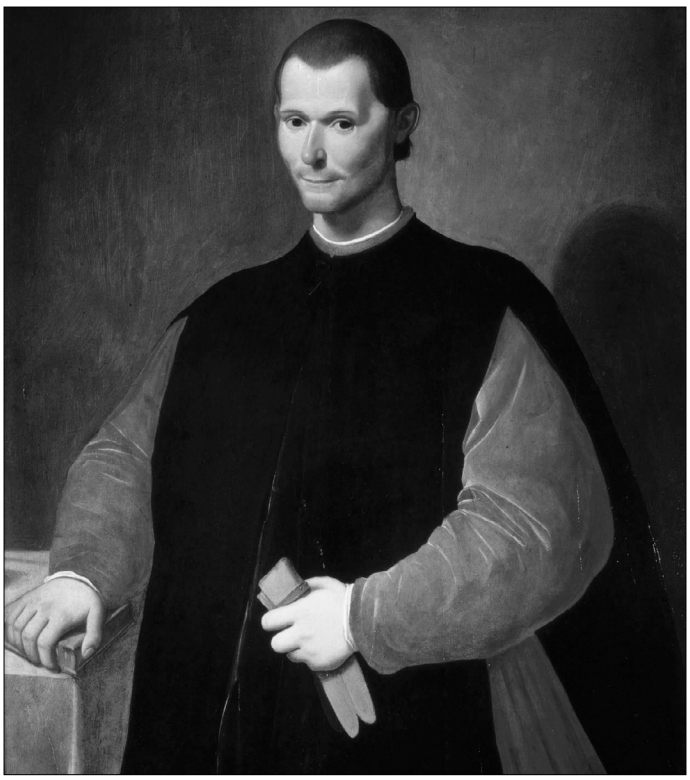
La identificación de lo español —su cultura y su identidad plenamente monárquica— con la defensa de la fe católica atraviesa los siglos, y casi podría entenderse que aparece ya en los albores de lo que podemos llamar nación. El poeta hispanorromano Prudencio dedica una importante cantidad de versos a cantar a los mártires específicamente identificados con España, como Eulalia de Mérida, Vicente de Zaragoza (o Huesca), Cucufate de Barcelona, Emeterio y Celedonio de Calahorra. El romancero medieval, así como las primeras crónicas cristianas posteriores a la invasión mahometana achacan la «pérdida de España» a la infidelidad de los reyes godos: entraron los sarracenos por culpa de la apostasía de unos o la lujuria de otros. Pone el poema en boca del rey Rodrigo: «Ayer era rey de España, | hoy no lo soy de una villa; ayer villas y castillos, | hoy ninguno poseía». Otros romances narran cómo el derrotado monarca dedica sus últimos días a la penitencia, pues suya es la culpa de la victoria muslim:

El desdichado Rodrigo
yo soy, que ser rey solía;
el que por yerros de amor
tiene su alma perdida,
por cuyos negros pecados
toda España es destruida

La misma idea se va repitiendo a lo largo de la literatura cristiana hispánica de la Edad Media, como el *Poema de Fernán González*, que añade otro detalle, como de cierta vocación apostólica y campeadora con que Dios ha designado a la Piel de Toro:

pero non olvidemos *al apostol honrado,*
fijo del Zebedeo, *Santiago llamado.*
Fuerte mient quiso Dios *a España honrar,*
quando al santo apóstol *quiso ý enbiar;*
d'Inglatierra e França *quiso la mejorar,*
sabet, non yaz apostol *en todo aquel logar.*

Esta percepción de la propia identidad explica que Isabel de Castilla conceda una relevancia absoluta a la evangelización de las tierras que descubrió Colón. Por eso, Salvador de Madariaga, tras relatar cómo era el México previo a la conquista española, con sus crueles e inacabables sacrificios humanos, apunta al fin de esa religión que propiciará un extremeño: «Había vuelto Quetzalcoatl. Ahora se llama Hernán Cortés». Y anota al epilogar esta biografía: «Había avanzado en nombre del Señor, soñando crear una nueva nación cristiana constituida con los naturales, por él salvados de su paganismo, y con los españoles que irían a poblar, enriquecer, ilustrar y "ennoblecer" la tierra». España, una nación forjada gracias a la sangre de los mártires y que, fuera de su proyecto de defensa de la Iglesia, no tiene razón de ser.



Retrato de Nicolás Maquiavelo por Santi di Tito.

Visto así, podría creerse que en la Roma papal existía una atmósfera de idilio con España. Pero no era tal el sentimiento en la sede petrina. Entre mediados del siglo XV y comienzos del siglo XVI hubo dos papas españoles —Alfonso de Borja (Calixto III) y Rodrigo de Borja (Alejandro VI)—, y otro neerlandés —Adriano VI, que accedió al solio pontificio tras ejercer cargos de interinidad política en España, al servicio de los Habsburgo, recién llegados a las Coronas hispánicas. Sin duda alguna, eran extranjeros que habían logrado escalar a una magistratura eclesial que las grandes familias italianas (los Piccolomini, Médici, Borghese, Farnesio, Rovere, Sforza, Colonna, Orsini) pensaban que les era propia. La imponente presencia española tanto en el Sur como el Norte de Italia generaba, en bastantes ocasiones, una sensación de rechazo. Es más: Nicolás de Maquiavelo, en su famoso tratado *El príncipe*, entiende que César Borja, el hijo belicoso de Alejandro VI, era un muy buen modelo de gobernante renacentista, si bien su condición de "extranjero" echaba a perder sus otras cualidades. En concreto, Maquiavelo reprocha al vástago del Papa que no hubiera conseguido que el sucesor de su padre fuese otro español, o, al menos, alguien adicto.

Por tanto, la canonización conjunta de Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco de Javier, Teresa de Jesús y Felipe Neri, el 12 de marzo de 1622, ha de entenderse como un acontecimiento mucho más alambicado de lo que parece. Por de pronto, cabe anotarse que tuvo bastante de maniobra

política papal, para honrar al mismo tiempo a españoles, franceses e italianos, sin herir la sensibilidad de ninguno. La presencia de Neri no sólo satisfacía a los italianos, sino a la nueva corriente espiritual que había inaugurado este fundador de la Congregación del Oratorio, e impulsor de la adoración al Santísimo Sacramento. Los cuatro españoles eran, obviamente, motivo de orgullo para la Corte con sede en Madrid, pues a Roma llegó en marzo de 1622, para participar en semejante acontecimiento, una pomposa comitiva de doscientos nobles a cuya cabeza se encontraba el conde de Monterrey. Con respecto a Francia, y por paradójico que pudiera parecer, los dos jesuitas en los altares colmaban el celo del rey galo, decidido defensor de la Compañía. La paradoja es plena, porque el de Loyola, fundador de la Orden, cayó gravemente herido en Pamplona frente a las tropas francesas, pues defendía que Navarra siguiera bajo la tutela de Castilla. Y años más tarde, se trasladó a París para estudiar en su universidad. Por su parte, los reyes franceses, tras su enemistad con los españoles por el control de Italia y por disputas religiosas, habían decidido volver al redil católico y, en su fervor, se erigieron en protectores de los jesuitas. Asimismo, la interpretación que desde la sede pontificia se dio de la vida y personalidad de Ignacio de Loyola coincidió más bien con la pretendida por Francia, al desligarse a este santo de sus raíces hispanas.

San Ignacio de Loyola (1620-1622) por Pedro Pablo Rubens.

La canonización múltiple de marzo de 1622 no fue sólo una suerte de *entente cordiale* entre las potencias católicas —particularmente, entre Madrid y Roma—, sino que supuso el espaldarazo que la Iglesia se daba a sí misma, tras los arduos episodios de protestantismo y diversas modalidades de reforma católica —incluyendo la llamada «Contrarreforma». De un lado, continuaba la incorporación de santos españoles a un canon repleto de italianos. Por otro lado, suponía la aplicación más práctica de las funciones de la Congregación de los Beatos creada por Clemente VIII en 1602. Este organismo fue un engranaje más dentro de una nueva concepción que la Iglesia tuvo no sólo de la santidad, sino también de los procesos de canonización y, además, de la centralización del poder pontificio. Pues hasta entonces, y como había sucedido durante la Edad Media, el obispo de Roma —primado de la Iglesia universal, vicario de Cristo, sucesor de Pedro, romano pontífice— había ejercido su autoridad como un *primus inter pares*. Sin embargo, a lo largo de los tiempos modernos —de manera particular en el siglo XVII—, el papado ha ido adquiriendo un peso mayor dentro de la Iglesia, hasta llegar a la situación actual de notable preponderancia —no civil, eso sí.

El paso previo a la canonización de marzo de 1622 fue la tarea de Pablo V, que llevó a cabo trece beatificaciones y dos canonizaciones, una de las cuales era la de Carlos Borromeo, italiano súbdito de la Corona Hispánica. Nada menos que ocho de esos beatos eran españoles: el franciscano Salvador de Orta (beatificado el 5 de mayo de 1606); el dominico Luis Bertrán (19 de julio de 1608); Ignacio de Loyola (27 de julio de 1609); la Madre Teresa de Jesús (24 de abril de 1614); el arzobispo de Valencia y fraile agustino Tomás de Villanueva (7 de octubre 1618); el lego franciscano Pascual Baylon (29 de octubre de 1618); Isidro labrador (14 de junio de 1619), y el jesuita Francisco de Javier (24 de octubre 1619). A estos beatos cabe añadir al florentino Felipe Neri, que vivió en Roma desde los dieciocho años hasta su muerte. Gregorio XV, sucesor de Pablo V, dio el espaldarazo para que, al poco de acceder al solio pontificio (febrero de 1621, casi a la vez que Felipe IV recibía la corona española), se procediera, con gran festejo a la múltiple canonización de 1622. Falleció un año después, en julio de 1623.

No obstante la confluencia de afinidades e intereses que este magno suceso constituyó, el propio contenido de las canonizaciones no desdijo un ápice de su integridad. Pues, a pesar de la labor de *lobby* que implicó, nadie pudo dudar de la santidad de los cinco personajes, en especial de Teresa de Ávila y de Isidro, el único de los cinco que no era un contemporáneo ni profesaba votos religiosos o estado clerical. La

devoción que los madrileños tributaban desde hacía tiempo hacia este laico, además de apoyarse en una sólida tradición, pasó sin problema por el esmerado cedazo que Trento aplicó a este tipo de veneraciones. Lope de Vega mostró en varias obras su cariño hacia san Isidro y su esposa: «un labrador para humildes; un humilde para sabios; un sabio para gentiles; y una mujer fuerte para la flaqueza de las que en tantas provincias aflige el miedo».

Sin duda, el labriego medieval del Manzanares, tan vinculado a la devoción franciscana de humildad y amor a la naturaleza, despertaba un cariño que sólo lo castizo genera. Parte de su vida y del pronto surgimiento de su devoción se narran en el «Códice de Diácono». El cadáver de Isidro se exhumó a los cuarenta años de su fallecimiento, y se trasladó desde el cementerio hasta la iglesia de San Andrés. Según la crónica, el cuerpo estaba incorrupto y emanaba «un suave olor de incienso». Las campanas repicaron, sin que mano humana las tañera. Dentro de sus prodigios y apariciones se menciona una relacionada con los reyes españoles y con un hecho crucial de la historia hispánica: la batalla de Las Navas de Tolosa. Como hombre de campo, tanto en vida como tras su muerte, el agua estuvo ligada a sus milagros. Un día, tras volver de sus tareas agrícolas, encontró a su mujer llorando, porque el hijo se les había caído al pozo. Isidro rezó con intensa devoción a la Virgen de la Almudena, y el agua comenzó a subir de nivel, hasta que el niño emergió delante de sus padres, sano y salvo. Este hecho extraordinario aparece recreado en el cuadro *El milagro del pozo*, pintado por Alonso Cano en 1640, como encargo de la reina Isabel, esposa de Felipe IV y devota del santo. Este lienzo, que hoy se halla en el Museo del Prado, fue la pieza fundamental de la iglesia de Santa María de la Almudena, demolida en el siglo XIX y en cierto modo, precedente de la actual Catedral de Madrid. La vinculación de Isidro y María de la Cabeza, su esposa, con la monarquía y la Almudena es definitiva: en la Catedral que colinda con el Palacio Real reposan los arcones mortuorios del matrimonio santo, y próximos al sepulcro de María de las Mercedes, esposa de Alfonso XII, que se halla a los pies de la estatua mariana epónima del templo.

El Milagro del pozo. Por Alonso Cano entre 1638 y 1640. A la izquierda se encuentra san Isidro.

Teresa de Ávila también es una mujer que, desde sus comienzos, generó fuertes vínculos tanto con la monarquía como con las clases populares. La monja aseguraba que Dios anda «entre los pucheros», y sus escritos están repletos de constantes muestras de humildad, incluso de constante humillación ante Dios. Toda una poetisa que ha dejado versos que la han acabado convirtiendo en Doctora de la Iglesia: «Nada te turbe, nada te espante…». En la epistolografía de Teresa —que firmaba definiéndose como «indigna»— encontramos algunas cartas dirigidas al rey Felipe II. Era una mujer audaz que sabía llegar hasta el mismísimo soberano, para desbaratar las argucias de sus innumerables enemigos en esta tierra. Tanto el hijo del emperador Carlos como sus sucesores, Felipe III y Felipe IV, así como las reinas y el Duque de Lerma, se tomaron muy en serio la necesidad de elevar a Teresa de Cepeda y Ahumada a los altares, instando al papa en repetidas ocasiones. La devoción que generó en la Casa Real fue profunda e incendió sus católicos y regios corazones desde el primer momento.

Por su parte, los dos jesuitas, Íñigo de Loyola y Francisco de Javier, representan un modelo alternativo, pero también fruto del carácter español del siglo XVI. Sus juventudes estuvieron marcadas por el estruendo militar: el vasco luchó por la causa castellana en Navarra, mientras que la familia de Javier estaba en el bando opuesto. Tres de los hermanos de Íñigo fueron también hombres de acción bajo la bandera española en Italia o América, mientras que Francisco quedó huérfano de niño. Ignacio renunció a las armas en Montserrat. A ambos los acabaron uniendo en París los estudios y la vocación religiosa. El vasco —que había acudido a otras universidades, como la de Alcalá o Barcelona— y el navarro pasaron muchos años fuera de España, empeñados en la extensión de la religión católica. Javier predicó en Japón, murió en una isla china y está enterrado en Goa. La Compañía de Jesús fue durante mucho tiempo una de las instituciones de cuyo éxito todas las potencias católicas quisieron apropiarse: Francia, Portugal y España, madre de los próceres de esta congregación. Por ello, escribió Felipe II al papa Clemente VIII en agosto de 1594: «La canonización del P. Ignacio de Loyola es tan deseada de la Cristiandad como se puede echar de ver por lo que se ha extendido su religión en ella; y por el fruto que hace se conoce cuál fue la planta. Tiénesele muy particular devoción en España; y V. Santidad ve cuán extendido está su nombre por todo el mundo, y las almas que ganan los suyos aun de entre herejes e infieles».

La malicia de los romanos, al decir «Han canonizado a cuatro españoles y a un santo», no sólo se debía al resquemor que provocaba el Imperio —evidente en la caricatura que la comedia italiana ofrecía del militar hispánico—, sino también a ciertas expresiones que solían escuchar de labios ibéricos. Por de pronto, ya era proverbial que, en la comparación entre la lengua castellana y la toscana, los españoles destacaran que la primera era «grave, alta, magnífica, varonil» y que la segunda era afectada y «muelle». Asimismo, lo de «Han canonizado a cuatro españoles y a un santo» suponía una respuesta a una fórmula más o menos habitual en aquellos años en que el Imperio de los Austrias empleaba a tropas de varias nacionalidades y se decía: «Han desembarcado cien suizos, cien italianos, cien alemanes y cien soldados». Los «cien soldados» eran, obviamente, españoles. Y, a fin de cuentas, «Dios es español».

BIBLIOGRAFÍA

Manuel Fernández Álvarez: *Historia de España (tomo II: Edad Moderna)*. Obra coordinada por José Luis Comellas. Carroggio S.A. de Ediciones, en RBA Coleccionables (Barcelona, 2009).

Rogelio García Mateo y Javier Burrieza Sánchez: «"Yo te seré propicio en Roma". Ignacio de Loyola, la santidad y la construcción del santo», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 29, pp. 159–194 (2020).

Miguel Gotor: «"Han canonizado a cuatro españoles y un santo". La propuesta hagiográfica del oratoriano Felipe Neri entre "el esplendor de Iberia" y "la gloriosa memoria de Enrique IV"», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 29, pp. 261–289 (2020).

Esther Jiménez Pablo: «La canonización de Ignacio de Loyola (1622): lucha de intereses entre Roma, Madrid y París», en *Chronica Nova*, nº 42, pp. 79–102 (2016).

Julián Juderías: *La leyenda negra y la verdad histórica*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (Madrid, 1914).

Fermín Labarga: «1622 o la canonización de la Reforma Católica», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 29, pp. 73–126 (2020).

Salvador de Madariaga: *Hernán Cortés*. Espasa–Calpe (Madrid, 1986).

Nicolás de Maquiavelo: *Il Principe di Niccolò Machiavelli con commento storico filologico stilistico a cura di Giuseppe Lisio*. G. C. Sansoni (Florencia, 1913).

Marcelino Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, volumen II. Homo Legens (Madrid, 2007).

Gonzalo Menéndez Pidal: *Romancero*. Instituto–Escuela; Junta para Ampliación de Estudios (Madrid, 1936).

Poema de Fernán González. Edición de Juan Victorio. Cátedra (Madrid, 2010 = 1983[5]).

Francisco de Quevedo: *Poesía varia*. Edición de James O. Crosby en Cátedra (Madrid, 1996).

Gerónimo de Quintana: *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid: historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Imprenta del Reyno (Madrid, 1629).

Gerónimo de Quintana: *Historia del origen y antigüedad de la venerable y milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Atocha*. Imprenta del Reyno (Madrid, 1637).

María José del Río Barredo: «Canonizar a un santo medieval en la Roma de la Contrarreforma: Isidro Labrador, patrón de Madrid», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 29, pp. 127–157 (2020).

Miguel Romera–Navarro: «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», en *Bulletin hispanique*, vol. 31, nº 3, pp. 204–255 (1929).

César Silió: *Don Álvaro de Luna*. Colección Austral, de Espasa–Calpe (Madrid, 1942 = 1940[3]).

Lope Félix de Vega Carpio: *Colección escogida de obras no dramáticas*. Edición de Cayetano Rosell en Imprenta de Rivadeneyra (Madrid, 1856).

María José Vega Ramos: *El secreto artificio: maronolatría y tradición pontaniana en la poética del Renacimiento*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, 1992).

José Vives: *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Barcelona, 1942).